

ROBERTO MAGINI

**EL**

**MUNDO**

**DE**

**ARRIBA**

boóveda

Título original: *Il mondo di sopra*,  
di Roberto Magini

Primera edición: 2016

© 2014 Leone Editore, Milano  
[www.leoneeditore.it](http://www.leoneeditore.it)  
All rights reserved  
© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2016  
© de esta edición: Bóveda, 2016  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-16691-02-9  
Depósito Legal: SE. 360-2016  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

|                     |     |
|---------------------|-----|
| PRÓLOGO .....       | 11  |
| PRIMERA PARTE ..... | 23  |
| SEGUNDA PARTE ..... | 361 |
| EPÍLOGO .....       | 501 |
| GLOSARIO .....      | 510 |



*A Micio, Micia y Ciccio*



## PRÓLOGO

*Mesoamérica, 1541*

**A** LOS PIES DE LA PIRÁMIDE ESTABAN LOS ÚLTIMOS REPRESENTANTES del antiguo pueblo de la Montaña del Sol. Se acababa de cumplir el sacrificio, y la piel de la virgen despellejada, dada en esposa a Xipe Tótec, Nuestro Señor el Desollado, cubría la cabeza y la espalda del *tlamacazqui*. El viejo, tras officiar el rito, bajó fatigosamente los altos peldaños de la escalinata central asido a dos ayudantes de cabeza rapada. Debajo del manto humano se entreveían las greñas canosas salpicadas de sangre y la túnica negra y desgastada, que le llegaba a los pies.

A mitad de la escalinata, arrodillado ante el saliente de la grada central, lo esperaba Theotictatl, el joven guerrero recientemente nombrado gran orador del Pueblo Sagrado. Vestía el ostentoso traje de ceremonia: una altísima diadema emplumada, una capa iridiscente de espléndido plumaje y los zapatos dorados que solo el dios en la tierra podía calzar. Tenía derecho a aquella vestimenta, pues en las últimas y victoriosas batallas había capturado vivos nada menos que a dieciocho enemigos a fin de donarlos en sacrificio al dios de la guerra.



Más abajo, la gran plaza, delimitada por las colosales estatuas de los dioses de semblante amenazador, se hallaba rodeada por tres lados por los guerreros descalzos y desnudos que sujetaban sus altísimos estandartes multicolor apoyándolos en sus cinturones de cuero. En el centro de la explanada había doce veces doce docenas de guerreros en formación, que era todo lo que quedaba del viejo y glorioso ejército, todos ellos con la lanza de punta negra de obsidiana en la mano y el corto espadín a la cintura. Tan solo unos pocos exhibían sandalias de cuero y vestían los prestigiosos y desgastados uniformes de desfile; todos los demás estaban descalzos, sin insignias y con ropa humilde o simples taparrabos. Las guerras, las persecuciones y las terribles enfermedades habían diezmado el Pueblo Sagrado y para entonces casi todo el ejército estaba constituido por *macehualtin*, súbditos de las clases más humildes, o miserables *mayerque*, campesinos sin tierras ni derechos.

Cada guerrero tenía junto a él a su mujer. Algunas jóvenes lucían valiosos vestidos de algodón puro y hacían gala de joyas preciosas, señal de su noble linaje, pero la mayor parte de ellas llevaban modestos vestidos de fibra vegetal. Todos eran prácticamente adolescentes y muchas parejas se habían unido en matrimonio aquella misma mañana, poco antes del sacrificio, en una gran ceremonia colectiva.

A la izquierda, detrás de la fila de jóvenes, había un grupo de muchachas sin ningún tipo de ornamento, con una tosca túnica de color marfil atada a la cintura con un simple cordón. Los rasgos del rostro y el color de la piel revelaban la diversidad de razas, y los guerreros que las rodeaban daban prueba de su condición de prisioneras.

Al otro lado de la plaza, de rodillas y besando el suelo, había más de trescientos hombres semidesnudos y con la ropa desgarrada, vigilados por guardias armados. Eran los *tlatlaco-*

*tin*, los esclavos cargadores capturados durante las recientes batallas del Pueblo del Lago. A su lado, grandes cestos de junco increíblemente llenos.

El resto de la población esperaba inmóvil y callado en los límites de la plaza: viejos, mujeres, niños y unos cuantos jóvenes destinados a quedarse. El silencio era absoluto y la tensión se podía cortar.

El *tlamacazqui*, sacerdote supremo del Pueblo Sagrado, posó la mano derecha sobre la cabeza de Theotícatl y anunció:

—El hombre de piel blanca y ropa de metal, al que acogimos como amigo y liberador cuando llegó por donde surge el Tonatiuh, se ha quitado la máscara y ahora está mostrando su verdadera faz de ávido depredador. Nosotros, engañados por sus halagos y falsas promesas, nos unimos a él y con él combatimos las batallas contra nuestro opresor y enemigo de siempre. Gracias a nuestra ayuda, ha sido capaz de realizar hazañas inimaginables y, en pocas lunas, todo el dominio del Pueblo del Lago, conquistado tras ciclos y ciclos de lucha y con la sangre de infinitas batallas, se ha disuelto en la nada.

»Pero para nosotros el remedio ha sido peor que la enfermedad: la codicia del perro extranjero no conoce límites, su vientre no se sacia jamás y ahora aprovecha cualquier ocasión y pretexto para depredar y masacrar al que un día se le unió como amigo. Y el que no muere a manos de los despiadados hombres blancos es exterminado por las asquerosas y terribles enfermedades que trajo consigo de sus tierras lejanas.

»Arriban del mar cada vez más numerosos, como plagas de langostas, y de nada sirven nuestras lanzas, las frágiles hojas de nuestras espadas y nuestro valor contra los monstruos en los que llegan sentados y sus increíbles armas. Sin vergüenza alguna y pisoteando la palabra dada, no solo no nos han asignado las tierras prometidas, sino que día tras día nos están quitando

las que fueron de nuestros ancestros. Y dondequiera que lleguen, destruyen nuestros templos y nuestros altares para levantar cruces e imponer sus leyes.

»Ya no somos ni la sombra del que un día fue el glorioso Pueblo Sagrado de la Montaña del Sol. Pero tú, Theotícatl, lo harás resurgir más numeroso y potente que antes.

»Gracias a tu fuerza y a tu valor, si bien hijo de pobres *macehualtin*, tú has llegado a ceñirte las insignias de los nobles *pipiltin*, y cuando el último *tlatoani* descendiente de la sagrada estirpe fue asesinado por la mano impía del invasor, los sabios no dudaron a la hora de elegir a su sucesor. Y a ti, que has dado el mayor ejemplo de obediencia al dar en sacrificio a tu mujer, además de demostrar un valor incomparable en la batalla, sabiduría en el mando y respeto por nuestros padres, los sabios han querido concederte las prestigiosas insignias y confiarte el emblema del mítico héroe del Pueblo Sagrado, Gonna el Explorador, que durante generaciones permaneció oculto en un lugar secreto de nuestro *teocalli*; un emblema que te mostrará el camino y te conducirá, siguiendo las huellas de quienes nos han precedido, al Jardín de la Montaña Curva.

»Todos hemos oído hablar de ese lugar paradisíaco que los dioses donaron a sus hijos terrenales, pero nadie sabe dónde se encuentra y algunos incluso llegan a dudar de su existencia. Pero el Jardín de los Dioses existe, y con la ayuda del emblema, tú lograrás encontrarlo. Allí llevarás la última semilla de nuestra sagrada estirpe, allí levantarás tu nueva morada y allí habitarás. Para siempre. Y ningún extranjero podrá pisar jamás aquel lugar.

»En recompensa por tu abnegación se te han entregado las doce vírgenes robadas al antiguo aliado convertido en infame enemigo. Tú las usarás al igual que él usó a nuestras mujeres y a nuestras hijas, no les permitirás dormir bajo tu mismo techo

y los hijos que de ti concebirán, aun siendo carne de tu carne, serán ofrecidos en sacrificio a los dioses como reparación de las ofensas sufridas y para reavivar la memoria de las futuras generaciones.

»Te acompañarán en el viaje mis dos discípulos —prosiguió el sacerdote indicando a los jóvenes de cabeza rapada que tenía a su lado—. Acaban de salir del *tlamacazcalli*, pero ya conocen a la perfección cada uno de los ritos y reglas del Libro. Atiende a sus consejos y haz que transmitan a los hijos del Pueblo la palabra y la sabiduría de nuestros antepasados.

»Los *tlatlacotin* cargarán con todas las riquezas de nuestra gente, de forma que el oro, la plata, las piedras preciosas, las valiosas semillas y las extraordinarias aves de espléndido plumaje no caigan jamás en manos de nuestro impío enemigo, que no volverá a derribar nuestros altares ni a profanar nuestros templos. Porque en cuanto salgáis de la Montaña del Sol, de este lugar no quedará piedra sobre piedra, y cuando el insaciable cuervo extienda sus alas sobre estas tierras, los que nos quedamos ya nos habremos dispersado por los valles y montañas cercanas, y para acogerlo tan solo quedarán la maleza y los perros callejeros. Recibe ahora el emblema y el símbolo del poder y márchate —concluyó el sacerdote mientras los ayudantes le pasaban un antiguo rollo de piel de conejo y una lanza de obsidiana con el asta adornada con incrustaciones de piedras preciosas.

Theotictatl se puso en pie y, sosteniendo su mirada, aferró de las manos huesudas del sacerdote las dos sagradas reliquias. Acto seguido, sin una palabra y tras una adusta reverencia, le dio la espalda y descendió resuelto el último tramo de la escalinata. Las órdenes de los oficiales rompieron el silencio y seguidamente, detrás del joven *tlatoani*, se formó una larga fila de hombres y cosas que comenzó a moverse con paso lento hacia la puerta principal.

Ya se habían despedido, y en los rostros silenciosos sin más lágrimas que derramar se leía toda la tristeza de los que saben que no volverán a ver a sus amigos, ni a sentir el caluroso abrazo de sus casas, ni a recorrer las antiguas calles en las que habían crecido.

El viaje parecía no tener fin, lleno de insidias e infinitos sufrimientos que sometían a dura prueba hasta a los hombres más recios y los ánimos más determinados. La habilidad diplomática de Theotícatl siempre lograba evitar el enfrentamiento con las poblaciones que se iban encontrando de tanto en tanto durante su larga peregrinación: venían en son de paz, no para conquistar, y pagaban en oro, piedras preciosas, valiosísimas plumas y semillas de cacao todo lo que necesitaban para su sustento. La mayoría de las veces pasaban por pequeñas aldeas aisladas de pobre gente que vivía en bajas colinas o pequeñas alturas, en las que a nadie se le ocurría atacar a un ejército tan aguerrido.

En una única ocasión los guerreros de Theotícatl se vieron obligados a luchar. La noticia de los ingentes tesoros que transportaban precedía inevitablemente su camino, y la posibilidad de apropiarse de quién sabe cuántas riquezas, de esclavos vigorosos y de tantas jóvenes hermosas no podía dejar de atraer la codicia de las poblaciones más belicosas.

Un día, en mitad de una garganta dominada desde lo alto por grandes asentamientos fortificados, una caterva de guerreros atacaron la larga fila de caminantes rugiendo como un trueno.

La reacción de Theotícatl y sus hombres fue inmediata, terrible, despiadada. En cuestión de pocas horas, el ejército enemigo fue aniquilado y los pocos supervivientes se vieron obligados a pagar altos tributos a fin de que los vencedores no

los sacrificaran o hicieran esclavos y para convencerlos de renunciar al dominio de sus tierras. Desde aquel día, no fue solamente la fama de sus tesoros lo que precedía al Pueblo Sagrado, y ya nadie osó interponerse en su camino.

Pero lo que no pudieron las armas enemigas, lo hicieron los desiertos y el hambre de los páramos desolados, el hielo de las montañas y las insidias de la selva. La meta parecía inalcanzable y la tenacidad hubo de superar obstáculos que se volvían cada vez más insalvables. Pero siempre que el desánimo lograba imponerse, al imprevisto se delineaba en el horizonte el perfil de una montaña o la conformación del meandro de un río que seguía fielmente los trazos recogidos en el mapa, encendiendo de nuevo la esperanza y animándolos a continuar.

Ya habían pasado más de setenta lunas desde que dejaron atrás sus casas cuando los fugitivos estaban recorriendo un angosto valle que ascendía entre las estribaciones de montañas nevadas cada vez más altas. Atravesaba el valle un gran río de aguas cristalinas y repletas de peces, pero cada vez con mayor frecuencia una cascada o la crecida de un afluente los obligaba a dar largos rodeos o una penosa marcha atrás para cruzar las aguas por una zona menos peligrosa que les permitiera seguir adelante. Conforme subían la cota, el valle se iba estrechando en una garganta cada vez más angosta y accidentada, al tiempo que el paisaje mudaba rápidamente de aspecto. Poco a poco, los prados se fueron convirtiendo en espesos bosques de coníferas, y estos en arbustos cada vez más ralos, bajos y espinosos, hasta que llegó un momento en que lo único que pisaban eran pedregales sin ningún tipo de vegetación. Como si no bastara, las altas laderas canalizaban día y noche las fuertes rachas de un viento gélido procedente del sur que azotaba sin tregua a los exhaustos viajeros como si con ello quisiera rechazar su presencia.

Mientras tanto, el río se había transformado en un torrente de aguas turbias e impetuosas, y se estaba haciendo cada vez más difícil encontrar algo de comer para un pueblo de vagabundos que a aquellas alturas seguían avanzando a la deriva empujados tan solo por la fuerza de la desesperación. Pero lo extraño era que, si bien el aire se iba haciendo cada vez más cortante y frío, el agua del torrente se mantenía cálida, e incluso daba la impresión de que la temperatura iba aumentando con la altura, dando lugar a un inquietante fenómeno que no dejaba de provocar sentimientos contrastantes de esperanza y superstición en el ánimo de los caminantes. La consternación llegó al extremo cuando, durante un amanecer gris de otoño —después de haber superado con gran esfuerzo el desnivel de la enésima cascada—, se encontraron el camino cortado por una pared tan alta que ni siquiera se divisaba la cima. La roca era tan lisa que no tenía ningún agarre, por lo que resultaba imposible escalarla. Tampoco se veía ningún otro camino por el que seguir, y volver atrás habría significado nuevos padecimientos y más pérdidas humanas, sin siquiera saber adónde ir.

El mapa terminaba con la imagen de Tonatiuh, el dios del sol, sin indicar nada más. Las provisiones se estaban agotando y ya habían pasado varias semanas desde que los fugitivos se toparon con el último asentamiento humano.

Mientras los consejeros, que se habían reunido, estaban debatiendo con el *tlatoani* sobre la decisión que habían de tomar y considerando las amargas perspectivas del retorno, sus argumentaciones fueron bruscamente interrumpidas por los gritos de un explorador. Al principio los hombres no supieron distinguir de dónde provenía la voz, hasta que los gritos se repitieron varias veces y por fin consiguieron orientarse en la dirección adecuada.

Detrás de una roca con la extravagante forma del dorso de un camello, precisamente en el punto en que el torrente brotaba de la montaña por una fuente completamente escondida tras un arbusto espinoso, se entreveía la grieta de una galería subterránea por la que un hombre de estatura media podía deslizarse fatigosamente caminando de lado y con las rodillas dobladas.

—Esperad aquí —ordenó Theotictatl, que fue de los primeros en acudir a los gritos—. Tú —le dijo a su guía—, enciende una antorcha y camina delante de mí.

Ambos avanzaron lentamente por el estrecho pasaje. En algunas zonas el agua brotaba del torrente haciendo los guijarros resbaladizos y precario el equilibrio, pero después de unos diez metros la galería comenzó a hacerse cada vez más amplia, hasta que los dos hombres pudieron caminar con la cabeza alta y sin tener que pegar la espalda a la pared.

Tal vez fue el destino, o quizá la voluntad de los dioses, lo que hizo que todo ocurriera en aquel preciso lugar, pero el caso es que el guía, al resbalar en una piedra, perdió repentinamente el equilibrio y Theotictatl, para evitar que la antorcha le diera en la cara, se giró de golpe, dando la espalda al río.

Algo, frente a él, le llamó la atención.

—¡Quieto! —gritó, mientras le arrebatava la antorcha para acercarla a la pared.

A la altura de los ojos, en un hueco excavado en la roca, había un bajorrelieve. Los bordes estaban desgastados por el paso del tiempo, pero la imagen seguía siendo reconocible, y solo una mano humana podía haberla esculpido. Era la imagen de Tonatiuh, idéntica a la que aparecía al final del rollo. Y Theotictatl supo que no había sido víctima de una alucinación cuando el guía, que se había dado la vuelta en la misma dirección, emitió una exclamación sofocada y se postró a besarle los pies.

No había tiempo que perder. Theotícatl, antorcha en mano y corazón en tumulto, retomó la marcha a toda prisa delante del guía, que apenas conseguía mantener el paso. Una nueva fuerza lo guiaba y sus pies habían dejado de notar las asperidades y peligros del terreno. Avanzó casi corriendo, sin tener en cuenta el riesgo de resbalar y precipitarse en las agitadas aguas, superando angosturas y esquivando los peñascos que obstaculizaban el camino con la agilidad de un felino.

Después de caminar durante un tiempo que se le hizo eterno, se paró de pronto: a unos veinte metros, la galería doblaba hacia la derecha formando una curva cerrada. A pesar de la distancia, se percibía netamente el cambio de dirección de la pared rocosa. Tenía que haber una fuente de luz detrás de aquella curva.

Absolutamente exaltado, aceleró el paso. Conforme avanzaba, el tenue resplandor se fue haciendo cada vez más claro, al tiempo que su esperanza se iba transformando en certeza. Tras superar una última curva cerrada, el techo de la galería desapareció al improviso y sus ojos quedaron deslumbrados.

El largo viaje había tocado a su fin. Theotícatl acababa de entrar en el corazón de la Montaña Curva.

Cuando, a última hora de la tarde, volvió a presentarse ante su pueblo, la mirada le brillaba con una nueva luz.

—El Jardín de los Dioses está al final de aquel camino —dijo, mientras indicaba con un gesto la desembocadura de la galería, respondiendo así a la muda pregunta que se leía en los rostros de todos.

Un estruendo de aclamaciones y gritos de exultación, alegría y victoria llenó la angosta garganta y, amplificado por el eco de las paredes, alcanzó hasta las cimas más altas de las montañas circundantes.

Inmediatamente, la actividad de los hombres se hizo frenética. Expertos picapedreros, con multiplicada energía y renovado vigor, alargaron el primer tramo de la abertura para facilitar el paso de las personas y sus voluminosos fardos. Los cargadores, tras dejar en el suelo por última vez sus pesados bultos, se colocaron a intervalos regulares a lo largo de la galería y durante lunas y lunas fueron cargando peñascos, piedras y una infinidad de tierra y guijarros, arrojándolo todo a las templadas y rápidas aguas del torrente hasta que el nivel llegó a inundar toda la galería, con la intención de impedir cualquier posibilidad de acceso por aquel pasaje.

Pero ninguno de los esclavos cargadores pudo pisar el suelo sagrado. Sobre la pared rocosa, en el punto por el que el río se internaba en la desaparecida galería, se erigió un altar de piedra y, durante tres días enteros, por la otra parte de la montaña brotaron aguas teñidas de rojo.